

Llevando Fruto a través de la Muerte

Un sermón de la Pasión, sobre Juan 12:24

Por Rev. A. M. den Boer

Lectura bíblica: Juan 12:20-36

Salterio 318: 1, 2, 3

232: 1, 2, 3

60: 1, 3

170: 1, 3

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos, la historia de Jacob es muy conocida para nosotros. Después de huir de su hermano a tierra lejanas, y luego de pasar veinte años en tierras lejanas con su tío Labán, el Señor instruyó a Jacob que volviera a la tierra prometida. En Génesis 32 leemos que Jacob llegó a la frontera de Canaán. Ahí él experimentó tanto la felicidad como el temor. Había alegría porque el Señor le había dicho que volviera a su tierra, pero al llegar cerca a su tierra, recibió el mensaje de que venía Esaú a recibirlo con cuatrocientos hombres. Jacob sabía que antes Esaú había querido matarlo, y por eso su corazón se llenó de temor al llegar el arroyo de Jaboc (Gn. 32:22-24).

Es seguro que Jacob le tenía miedo a su hermano Esaú en aquella noche. Sin embargo, amigos, hubo otro temor en su corazón: Jacob temía al Señor. ¿Por qué? En aquella noche oscura, Jacob se enfrentó con su propio pecado, y *cómo* el Señor le exigía el pago por su pecado antes de poder entrar en la tierra prometida. Oh amigos, ahora podemos entender por qué aquella noche fue una de angustia para Jacob ante el Señor. Leemos que *“Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el sol”* (Gn. 32:24). Para Jacob ésta fue una noche de lágrimas, oraciones y súplicas, y Jacob dijo al Señor: *“No te dejaré, si no me bendices”* (v. 26).

Sin embargo, aquella noche no solamente fue una noche de oscuridad y angustia, sino que también fue una noche de victoria por medio de la gracia divina. En aquella noche “Jacob” murió e “Israel” nació: *“Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido”* (v. 28). Jacob recibió un nuevo nombre del Señor: Israel. Es cierto que desde aquel momento él cojeaba de su cadera, porque Dios *“...tocó a Jacob este sitio de su muslo en el tendón que se contrajo”* (v. 32). Sin embargo, él venció, y recibió el nombre “Israel”. Fue en la misma hora que “Jacob” se murió que “Israel” nació. Y amigos, así es la ley del reino de Dios; tenemos que *morir* para vivir. Y, como vamos a ver, así fue también en la vida del Mediador Jesucristo.

Con la ayuda de Dios, deseamos pedir su atención al texto para esta mañana, que se encuentra en Juan 12, versículo 24, donde leemos en la Palabra de Dios y en nuestro texto: *“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”*.

Ponemos como el tema principal esta mañana lo siguiente:

LLEVANDO FRUTO A TRAVÉS DE LA MUERTE

Vamos a considerar tres pensamientos principales al respecto:

- 1. La ocasión y lo que motivó estas palabras;**
- 2. El significado de estas palabras; y**
- 3. La lección que contiene estas palabras.**

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, leemos en versículos 20 y 21 de nuestro capítulo: *“Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús”*. Así que había algunos griegos que deseaban hablar con Jesús, y luego leemos que *“Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús”*. Se encuentra la respuesta de Jesús en el versículo de nuestro texto esta mañana.

Los comentarios bíblicos ofrecen varias opiniones distintas en cuanto a quiénes eran estos “griegos”. Algunos afirman que fueron judíos que hablaban el griego. Sin embargo, la mayoría de los comentaristas creen que estos griegos eran paganos todavía, y solamente adoraban a Dios “más o menos”, es decir, de una forma externa. Hay que comprender que en aquel entonces, los pueblos paganos pensaban que cada país tenía su dios propio, así que para ellos, Dios fue el Dios de los judíos, de Israel. Incluso, sabemos que en el segundo templo que se había construido en Jerusalén, hubo un atrio externo, donde pudieron entrar hasta los gentiles. La historia nos dice que a veces estos griegos que vivieron cerca de la tierra de Canaán incluso asistían a los grandes días de fiesta del pueblo de Israel. Sabemos que el templo en Jerusalén tenía un atrio exterior que se llamaba el atrio de los gentiles, así que los vecinos paganos no fueron totalmente excluidos en el servicio del Señor. También, en aquellos días los griegos tuvieron una influencia grande, y es posible que aun Felipe, cuyo nombre es de origen griego, haya conocido a estos griegos.

Tal como sea, nuestro capítulo nos cuenta que algunos de estos griegos pidieron ver a Jesús. ¿Cuándo ocurrió eso? Esto aconteció durante la entrada gloriosa de Jesús a Jerusalén. Leemos en versículos 12 y 13: “*El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*” Ya que esto pasó apenas unos días antes de la celebración de la Pascua, también estos griegos habían llegado a Jerusalén, y probablemente habían visto cómo el pueblo recibía a Jesús de una manera tan gloriosa, de tal modo que estaban listos a hacerlo rey.

No obstante, seguramente estos griegos también se habían dado cuenta de que a medida que avanzaba la semana, los judíos comenzaban a rechazar a Jesús, pues sabemos que al llegar el Viernes Santo, ¡Lo iban a crucificar! Dentro de un período de horas, la opinión pública acerca de Jesús había cambiado totalmente. ¿Cómo y por qué había ocurrido esto? Bueno, sabemos que Jesús había echado fuera a los que vendían y compraban en el templo (Lc. 19:45), y por tal motivo muchos de la multitud ya no Lo querían. Los fariseos incluso querían matarlo, y al mismo tiempo querían matar a Lázaro, el que había resucitado de los muertos (Jn. 12.10). Así que podemos ver que poco a poco se hizo la verdad que se había predicho: “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*” (Jn. 1:11). El rechazo de Jesús por parte del pueblo ya se estaba cumpliendo tal como fue predicha en la Palabra de Dios, pero para los discípulos esto fue algo totalmente inesperado.

En los Evangelios se lee muchas veces que Jesús decía: “*Aún no ha venido mi hora*” (Jn. 2:4, etc.) Sin embargo, ahora es diferente, pues leemos en versículo 23 de nuestro capítulo que Jesús dijo: “*Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado*”. Los discípulos no entendieron lo que Él decía. Seguramente sus corazones se llenaban de esperanza, porque primeramente había acontecido la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, y luego habían llegado los griegos y otros gentiles, y los discípulos sabían que el Mesías sería Rey no sólo sobre Israel, sino también sobre todas las naciones. Así que los discípulos esperaban que ahora Jesús comenzara a reinar sobre Israel, y que conquistara a sus enemigos.

Sin embargo, el resultado iba a ser tan diferente a lo que pensaban los discípulos. Sí, Jesús dijo que había llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. No obstante, esa gloria no iba a ser una gloria terrenal. Cristo sería glorificado a través de Su resurrección y ascensión, y Su estar a la Diestra de Dios Padre, donde recibiría todo poder sobre los cielos y la

tierra. Cristo iba a recibir Su gloria a través de un camino de la humillación, del sufrimiento, y de la muerte. La gloria del reino de los cielos sería por medio de la tumba, y a través de eso, también los gentiles llegarían a ser herederos del reino de Dios.

Parece que los griegos que habían subido a adorar en la fiesta de la Pascua estaban desanimados al no poder ver a Jesús, pues leemos que dijeron a Felipe: “*Señor, quisiéramos ver a Jesús*” (v. 21). ¿Cómo se puede explicar este deseo de los griegos? Bueno, estos griegos querían figurar; querían ser importantes. Querían superar todos sus problemas, y por eso querían hablar con Jesús acerca de esto. Es así en la vida de todos nosotros por la naturaleza: si somos pobres deseamos ser ricos; si tenemos una casa pequeña queremos una casa más grande. En todo, queremos el honor del hombre. ¿Es también tu deseo ser honrado? Oh amigos, *todos* buscamos la gloria por nuestra propia naturaleza.

¿Saben cuál fue lo que faltaba en la vida de estos griegos? No conocían sus pecados; no entendieron su estado perdido, y no se dieron cuenta del gran abismo entre Dios y su alma. Ellos buscaban a Jesús, pero entendían que Lo necesitaban como Salvador y Redentor. Y así es en la vida de todos nosotros por la naturaleza humana. Si no conocemos la convicción del pecado, entonces podemos hablar mucho, pero no hay lugar para Cristo en nuestra vida. En Belén no hubo lugar para Jesús cuando nació, y así es en la vida del hombre. Oh amigos, todos necesitamos llegar a ser *pecadores* ante Dios. Es necesario para mí y para ti que seamos convencidos de que no podemos volver a la comunión de Dios en nosotros mismos. El pastor no te lo puede dar, ni tampoco los miembros del consistorio, ni un hijo de Dios, ni tu padre ni tu madre. Es la obra de *Dios*. Es necesario que Dios abra nuestros ojos, y Él hace esto por medio de Su Palabra y Su Espíritu. Cuando el Señor obra así en el corazón, nos convence de nuestro pecado, y entonces nos damos cuenta de que tenemos que ver con un Dios santo y justo. Solamente de esta manera puede haber lugar para el Mediador en el corazón. Por la naturaleza, seguimos tratando de mejorarnos al *hacer* esto y *dejar de hacer* aquello. Sin embargo, ¡tenemos que llegar a un fin en nosotros mismos! Esto no es agradable para nuestra carne, pero amigos, es la manera por la cual el Señor lleva a Su pueblo. Cuando el Señor comienza a obrar en el corazón con Su Palabra y Su Espíritu, entonces en el momento designado por *Dios*, nosotros también desearíamos ver a Jesús, pero no como estos griegos en nuestro capítulo. En Su tiempo, el Señor permite que Su pueblo vea a Jesús, pero en una forma diferente a lo que habían esperado. Esto

nos explica Jesús en las palabras de nuestro texto, y lo consideramos más en nuestro segundo pensamiento, *el significado de estas palabras*.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Leemos en nuestro texto: *“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo”*. Jóvenes, ustedes saben lo que ocurre en la primavera cuando los que hacen chacos están planificando la siembra de nuevo. Entonces comienza a arar y preparar la tierra, y luego hacen el trabajo de sembrar. ¿Cómo lleva fruto el grano de semilla? Bueno, al ser sembrado en la tierra, la semilla está “enterrada”. Si miramos a un granero lleno de semilla, podemos decir que esta semilla nunca llevará fruto, a menos que sea enterrada en la tierra. El grano de trigo sólo lleva fruto después de ser enterrado en la tierra, y después de que la semilla comience a descomponerse en la tierra. La cáscara se deshace, y sólo así puede haber la posibilidad de que brote la pequeña hoja del trigo nuevo. Al “morir” el grano de trigo, el germen de la semilla (es decir, la parte más adentro) queda vivo, y de ese germen de la semilla brota la vida nueva. Pronto la semilla brota, y luego viene la hoja, y luego la espiga, hasta por fin llega el fruto.

Ahora bien, el Señor Jesús nos dice aquí en nuestro texto: “Esto es lo que pasará conmigo. El juicio del Señor me sobrevendrá; la maldición de la Ley me castigará; la tormenta del infierno será mi porción, y mi sufrimiento será tanto, de modo que mi sudor llegará a ser como grandes gotas de sangre. Getsemaní, Gábata y Gólgota esperaban al Señor Jesús.

Jesús sabía que todo esto Le iba a pasar, pues leemos en el versículo 27 de nuestro capítulo: *“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora”*. Así podemos ver que Jesús sabía que tenía que vaciar la copa de la ira de Dios, y estaba turbada según Su naturaleza humana. ¿Quién *no* tendría miedo al enfrentarse con semejante camino? Pero aún así, fue la única manera de satisfacer la justicia de Dios, y fue la única forma por el cual se pudiera perdonar el pecado del pueblo de Dios, pues en el Paraíso Dios había dicho: *“...porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”* (Gn. 2:17). Por lo tanto, para llevar el castigo de Su pueblo, Jesús tenía que morir, para así llevar fruto, ¡y para así glorificarse! Miremos lo que dijo el profeta Isaías sobre esto: *“Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada”* (Is. 53:10).

Era necesario que Cristo experimentara esa humillación tan profunda, pues fue la única manera de satisfacer la justicia de Dios Padre. No fue suficiente que fuera rechazado por Su pueblo; no fue suficiente que llevara la cruz, ni fue suficiente que se colgara en la cruz de Gólgota. No; ¡Él tenía que morir! Queridos amigos, ¿nos damos cuenta de que todo esto pasó por causa de nuestros pecados y nuestra rebelión, y por el hecho de que nosotros hemos rechazado al Señor?

Sin embargo, la muerte del Mediador fue el comienzo de la gran *cosecha*, la cual traerá a una multitud al “granero” celestial para así estar restaurados en la comunión con Dios. De esta manera Satanás fue vencido, la justicia de Dios fue satisfecha, y la deuda del pecado fue pagada. Ahora, ¿pueden entender cómo la muerte de Cristo ha sido una muerte que llevó mucho fruto? El objeto del amor divino fue alcanzado así, para que nosotros vivamos a través de Su muerte. Es por medio de la muerte de Cristo que podemos nosotros estar reconciliados con Dios. No es algo que tomamos nosotros mismos, sino que es algo *dado* por Dios en base de la satisfacción completa que ha dado Jesús para Su Iglesia. El fruto de de la muerte de Cristo es Su pueblo, el cual viene de todas partes del mundo. Es así que la muerte de Cristo es la *fundación* de la salvación de la Iglesia de Dios.

Por tanto, siempre debemos recordar también que sin Cristo, no podemos aparecer delante del Señor. Como ha dicho el profeta Isaías: “*Porque la cama será corta para poder estirarse, y la manta estrecha para poder envolverse*” (Is. 28:20). Esto quiere decir que *todo* lo que hacemos nosotros es insuficiente; con *todas* nuestras buenas obras, no podemos comparecer delante de Dios. Como dice el Catecismo de Heidelberg, nuestras mejoras obras son inmundicias en los ojos del Señor. Oh queridos amigos, ¡esto es una doctrina bíblica que ya no se predica en muchas iglesias! Donde vaya uno, se predica que *tú* tienes que aceptarlo; que *tú* tienes que hacer esto o aquello, y luego el Señor te aceptará. Sin embargo, es sólo a través de la obra del Mediador que pueda haber la redención verdadera.

Como resultado del pago que hizo Cristo para satisfacer la justicia de Dios, ahora Dios el Juez se convierte en Dios el Padre para la Iglesia de Dios. Ahora, para el pueblo de Dios, es posible ser redimido de la muerte y restaurado a la comunión con Dios, porque los poderes de las tinieblas han sido vencidos. Ahora la Iglesia de Dios puede andar en la luz de Su Rostro, y al final de la vida, recibirá la corona de la victoria y estará siempre con el Señor.

Cristo ha pagado la deuda; Cristo ha ganado la salvación. Queridos amigos, ¡qué milagro es cuando podamos experimentar la verdad de esto en nuestra vida personal. Cuando esto ocurre, en primer lugar vemos nuestra gran deuda del pecado, la cual alcanza hasta el cielo y testifica en contra de nosotros. Luego llegamos al momento cuando estamos de acuerdo con nuestra propia condenación, y cuando reconocemos, por la gracia de Dios, que merecemos estar echados fuera para siempre. Es entonces que el Señor nos enseña que Cristo ha hecho una obra perfecta y total, y que Él ha ganado la salvación. Oh congregación, ¡cuán necesario es que el Señor nos enseñe a todos nosotros estas lecciones divinas. Vamos a cantar sobre eso del **Salterio 60, las estrofas 1 y 3**.

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento vamos a considerar *la lección que contiene estas palabras*.

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”. De hecho, esto fue un gran misterio para los discípulos, porque en aquel tiempo ellos no entendieron la obra mediadora de Cristo. No comprendieron Su oficio Sacerdotal. En cuanto al oficio Profético de Cristo, sí, ellos habían aprendido mucho de Él; en cuanto a Su oficio Real, ellos tenían grandes esperanzas, aunque estaban equivocados. Sin embargo, cuando el Señor Jesús les hablaba de Su oficio Sacerdotal, el de sufrir y morir, los discípulos estaban ciegos. Por supuesto, ellos habían pasado muchos momentos de dulce comunión con Cristo, porque como Cristo Mismo dijo: *“¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos?”* (Mt. 9:15) No obstante, Cristo también dice en el mismo versículo: *“Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán”*.

En nuestro texto, hemos visto muy claramente que la única manera de conocer a Jesús es por medio de Su muerte, y de una manera de morir a nosotros mismos. Queridos amigos, ¿han experimentado algo de esto ustedes? Cada semana escuchan el mensaje de que todos los frutos *nuestros* no son los que agradan al Señor. Sin embargo, a menos que Dios obre en nuestra vida, andamos en los caminos de la vanidad y del pecado. Oh amigos, piensen en lo que nos dice Jesús en Mateo 16:25: *“Porque todo el que quiera salva su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”*. Esto quiere decir que si solamente nos preocupamos de esta

vida temporal, con todos sus placeres, nosotros perderemos la vida eterna; pero los que pierden las “comodidades” de esta vida en el mundo recibirán la vida eterna.

Ahora, mis queridos amigos, pongan por un lado el mundo con todos sus placeres, y por otro lado pongan el servicio del Señor con todas las aflicciones y dificultades que lo acompañan. ¿Cuál lado es más pesado? ¿Es el placer del mundo más importante para ti? O, por la gracia de Dios, ¿es el servicio del Señor la cosa más importante en tu vida? Les repito la exhortación del apóstol Pablo que escribió a los corintios: *“Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”* (2 Cor. 5:20). Hoy no puedo traerles otro mensaje que esto, queridos amigos. Es más, les repetiré el llamado que nos viene a cada uno de nosotros en Isaías 55:1: *“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche”*.

Les pregunto, ¿por qué es que no toda la congregación viene al Señor? ¿Cuál es el problema que impide que todos vengan a Jesucristo? Oh amigos, les digo cuál es nuestra miseria más grande: es el hecho de que *no conocemos* nuestra miseria. Por la naturaleza estamos atados a este mundo, y amamos los placeres del mundo. Algunos no quieren dejar la vida del pecado; otros son religiosos, pero buscan su salvación en sus propias buenas obras. Siempre queremos mantenernos nosotros mismos.

Oh, ¡qué el Señor nos haga arrodillarnos y suplicar por la luz del Espíritu Santo, para que veamos lo que faltamos! Hay un pueblo entre nosotros que saben algo de esa vida, y a quienes no es extraño el mensaje de esta mañana. Cuando el Señor comienza la obra de la gracia, entonces vemos lo que ha sido nuestra vida, y todo ello llega a ser nada más que la muerte para nosotros. El Señor abre nuestros ojos, y vemos que estamos en el camino ancho que lleva a la perdición. Es entonces que comenzamos a preguntarnos: “¿Estoy preparado para encontrarme con mi Hacedor? Tengo que morir y todavía no soy salvo”. Ese pueblo se pone muy triste, porque se dan cuenta de que no conocen al Señor, y de que ellos siguen pecando. Cuando el Señor se revela como Dios justo y santo, todas nuestras justicias llegan a ser trapos de inmundicia (Is. 64:6), y no podemos aparecer ante el Señor con nuestras buenas obras. Sin embargo, hoy mismo en la predicación de la Palabra de Dios, les puedo proclamar que todavía ustedes pueden recibir un corazón nuevo. Jóvenes y adultos, ¡aún pueden ser salvos!

Hay tantas personas que están satisfechos simplemente al oír el mensaje y contemplarlo por un momento; sin embargo, no conocen la experiencia de los verdaderos discípulos de los cuales hemos hablado. Cuando el Señor obra en el corazón de una persona, ya no se puede encontrar nada en los sentimientos o las emociones. ¡Al contrario! Ahora esta persona comienza a aborrecerse. Y este es el gran misterio: cuando llegamos a la muerte en nosotros mismos, encontramos la vida en Otro, en Jesucristo. Sólo al ser cortados de todas nuestras obras y hechos podemos ser llevados en el camino del Señor. Entonces somos “cortados” por nuestro lado, pero por la gracia libre y soberana, nos es dada la vida en Cristo. Entonces por la fe somos unidos con Él, y nuestros pecados son echados en el mar del olvido. Recibimos una paz y una libertad que no se pueden expresar con palabras. ¡Qué maravilla!

En Gálatas 2 leemos: *“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios”* (v. 19). Esto es el fruto de la santificación: el vivir para Dios. Esto quiere decir que más y más perdemos las fuerzas en nosotros mismos, para que no haya nada más en que reposar fuera de la obra de Cristo. Es entonces que nuestra oración es así: *“Levántate, Aquilón, y ven, Austro; Soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas. Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruto”* (Cantares 4:16).

Terminamos con estas palabras de nuestro capítulo: *“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará”* (Jn. 12:25). Amén.